VAÑKA

ANTÓN PÁVLOVICH CHÉJOV

ILUSTRACIONES
Pablo Kalaka

TRADUCCIÓN
Marco Aurelio Rodríguez

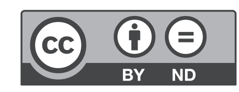


Fundación Editorial
el perro y la rana

VAÑKA



© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017
© Antón Pávlovich Chéjov



Esta licencia permite la redistribución comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Editorial perro rana

Diseño de portada y diagramación
Mónica Piscitelli

Ilustraciones
Pablo Kalaka

Edición y traducción
Marco Aurelio Rodríguez

Corrección
Yessica La Cruz

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC21017002423
ISBN: 978-980-14-3962-2



LA COLECCIÓN **FANTOMAS** CONJUGA LA GRÁFICA Y LA PALABRA PARA ESTIMULAR LA PERCEPCIÓN Y EL PENSAMIENTO: ES UN ESPACIO DONDE EL COLOR, LAS TEXTURAS, LOS PLIEGUES Y LAS FORMAS POTENCIAN EL VERBO Y ESTE HACE LO PROPIO CON LA IMAGEN. REÚNE ADAPTACIONES Y VERSIONES LIBRES DE LA NARRATIVA GLOBAL Y NUESTRAMERICANA EN FORMATOS VINCULADOS CON LA GRÁFICA: CARICATURAS, CÓMICS, FOTONOVELAS, CUENTOS GRÁFICOS, LIBROS-VOLANTES, AFICHES, CALENDARIOS... A LOS QUE SE SUMAN CREACIONES INÉDITAS DE JÓVENES ILUSTRADORES E ILUSTRADORAS, GUIONISTAS, DISEÑADORES Y DISEÑADORAS QUE EXPLORAN NUEVAS PROPUESTAS ESTÉTICAS EN BUSCA DE TRASCENDER EL PURO DISFRUTE DE LA IMAGEN, PARA PROVOCAR LA REFLEXIÓN Y LA CRÍTICA.

VAÑKA

ANTÓN PÁVLOVICH CHÉJOV

ILUSTRACIONES
Pablo Kalaka

TRADUCCIÓN
Marco Aurelio Rodríguez



VAÑKA

ANTÓN PÁVLOVICH CHÉJOV

Vaňka Zhukov, un niño de nueve años al que tres meses atrás habían llevado hasta el taller del zapatero Aliajin para que le instruyera en el oficio, no se acostó a dormir en la Nochebuena.

Estuvo esperando que el patrón y el resto de los maestros zapateros salieran de la casa para asistir a la Misa de Gallos. Temeroso de ser descubierto, sacó del armario un tintero y una plumilla oxidada, extendió frente a sí una arrugada hoja de papel y se dispuso a escribir.

Antes de trazar la primera letra, Vaňka se asomó asustado varias veces por las puertas del recinto y por las ventanas en las que se reflejaba el oscuro ícono que colgaba de la pared rodeado de estantes llenos de hormas, y dejó escapar un suspiro entrecortado. Había puesto el papel sobre un banco ante el que se había inclinado y de rodillas escribió:

"Querido abuelito Konstantin Makarich,
le mando esta carta.
Le deseo una Feliz Navidad y todo lo mejor que pueda darle Nuestro Señor.
No tengo padre ni madre y no me ha quedado en este mundo nadie más que tú."

Vañka posó sus ojos sobre la ventana, en ella, en medio del tembloroso reflejo de la vela se le apareció clara la imagen de su abuelo Konstantin Makarich, vigilante nocturno en casa de los señores Zhivariov. Era un viejecito de unos sesenta y cinco años, pequeñito y raquítico, sorprendentemente ágil y vivaz, de cara risueña y ojos borrachines.

Konstantin Makarich de día duerme en la cocina de servicio o pasa el tiempo bromeando con las cocineras, mientras que en las noches, envuelto en un capote, se pasea por la hacienda acompañándose con el golpeteo de su garrote.



En sus rondas junto a él marchan con la cabeza gacha Kashtanka, su perra, y un joven cachorro negro llamado Viun –como los oscuros peces que crecen en las charcas de los alrededores–, y de cuerpo alargado como un hurón. Viun es sumiso y amable. Mira de manera conmovida a propios y extraños; pero no goza de credibilidad –no engaña a nadie... Detrás de su respetuosa sumisión se esconde la más jesuítica hipocresía. Nadie sabe adular mejor que él, es oportunista; sabe colarse entre las piernas para darte un mordisco; deslizarse en el depósito de las provisiones o sustraerle una gallina a cualquier campesino. Varias veces le han pegado por las patas traseras, dos lo han colgado; cada semana lo dejan medio muerto, pero siempre revive.



Ahora seguramente el abuelo está junto al portalón entornando los ojos para mirar por las ventanas rojas de la iglesia de la aldea, dando pataditas al suelo con sus zapatones de fieltro y bromeando con la servidumbre. Lleva el garrote atado al cinturón, mueve los brazos, se encoge de frío y con su risita de viejo pellizca lo mismo a una doméstica que a una cocinera.

—¿Un poco de rapé? –dice ofreciendo su tabaquera a las mujeres.

Estas toman el rapé y estornudan. El abuelo se llena de indescriptible entusiasmo y con una alegre risa, les dice en voz alta:

—¡Estrújate que se te congela...!

También da tabaco a los perros. Kashtanka estornuda, mueve el hocico y ofendida se retira a un rincón, en tanto que Viun, por respeto, se abstiene de estornudar y se limita a mover el rabo.

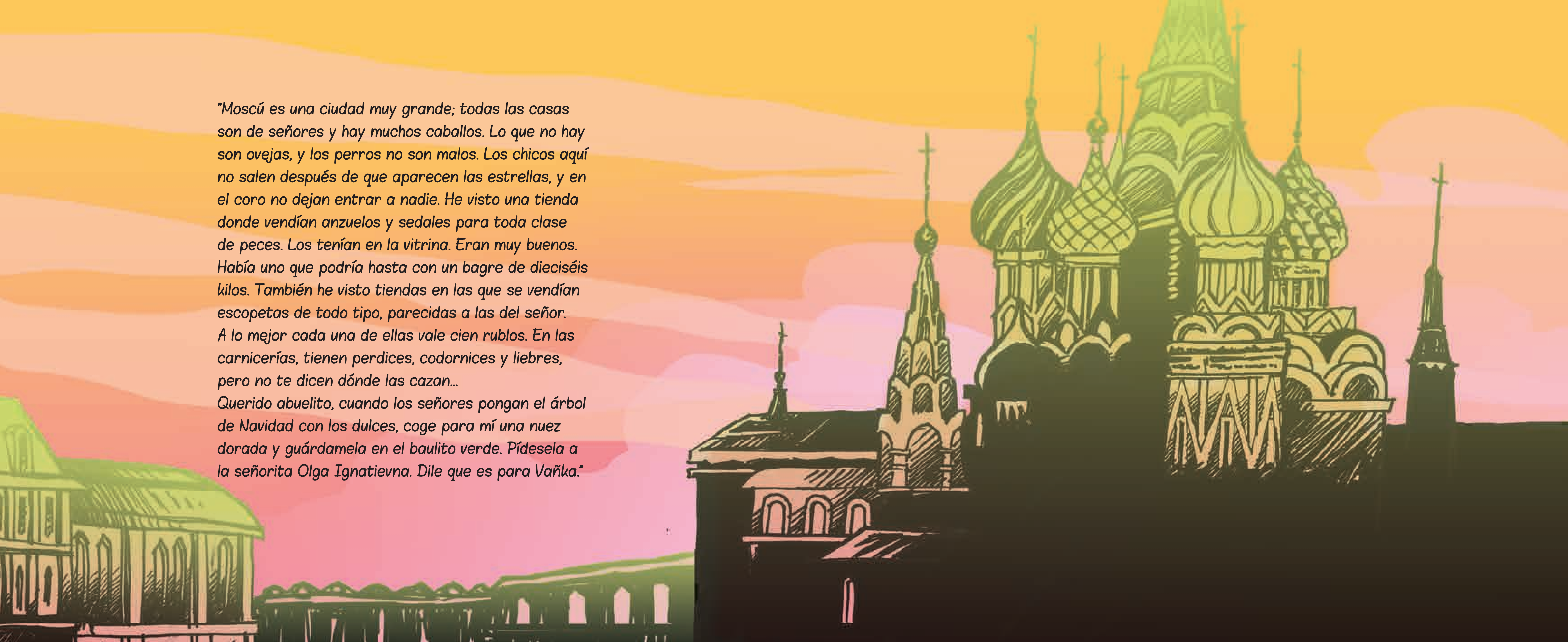
Y el clima es espléndido: el aire, quieto, transparente y fresco. Y la noche –aunque oscura– deja ver la aldea toda, que se distingue con sus tejados cubiertos de nieve y sus delgadas columnas de humo saliendo de las chimeneas; los árboles plateados por la escarcha y hay montones de nieve. El cielo aparece cuajado de estrellas que parpadean alegres y la Vía Láctea se destaca nítida como si para la fiesta la hubieran lavado y frotado con nieve...

Vañka exhaló un suspiro, mojó la plumilla y continuó escribiendo:




"Ayer me regañaron. El amo me sacó por los pelos al patio y me pegó porque cuando estaba meciendo al bebé en la cuna me quedé dormido. También, la semana pasada la ama me mandó a que le limpiara un arenque, y como empecé por la cola, me lo quitó de las manos y se puso a golpearme en la cabeza con el mismo pescado. Los zapateros se burlan de mí. Me mandan a que vaya a la tienda a comprar vodka y que robe pepinos salados al amo, que luego me pega con lo primero que se le viene a mano... De comer tampoco hay aquí nada. Por la mañana te dan pan; en el almuerzo papilla, pero por las noches no te dan té ni sopa. Todo se lo comen ellos. También me tienen durmiendo en el pesebre; pero cuando su bebé llora, no puedo dormir nada y tengo que estar meciéndole la cuna... Querido abuelito: ¡por caridad, en nombre de Dios, sácame de aquí y llévame a la casa de la aldea! ¡Ya no aguanto más!... Te saludo, me inclino hasta tus piececitos y rezo a Dios por ti eternamente. ¡Llévame de aquí porque me voy a morir!..."


Vañka torció la boca, se frotó los ojos con su puñito negro de tinta y dejó escapar un sollozo.
"Yo te prepararé el rapé –prosiguió escribiendo–. Rezaré a Dios por ti, y si hago algo malo, golpéame como a la cabra de Sídorov. Si crees que no hay allí trabajo para mí, le pediré entonces al administrador que me tome para limpiarle las botas o que me mande en lugar de Fedka a pastar el ganado. ¡Abuelito querido!... ¡No puedo soportar más esto! ¡Es, sencillamente, la muerte! Quería escaparme a pie a la aldea, pero no tengo botas y me da miedo la helada. Cuando sea grande, yo, en cambio te daré de comer. No permitiré que nadie te haga daño y si te mueres rezaré por ti lo mismo que rezo por mi madrecita Pelagueia.



"Moscú es una ciudad muy grande; todas las casas son de señores y hay muchos caballos. Lo que no hay son ovejas, y los perros no son malos. Los chicos aquí no salen después de que aparecen las estrellas, y en el coro no dejan entrar a nadie. He visto una tienda donde vendían anzuelos y sedales para toda clase de peces. Los tenían en la vitrina. Eran muy buenos. Había uno que podría hasta con un bagre de dieciséis kilos. También he visto tiendas en las que se vendían escopetas de todo tipo, parecidas a las del señor. A lo mejor cada una de ellas vale cien rublos. En las carnicerías, tienen perdices, codornices y liebres, pero no te dicen dónde las cazan...

Querido abuelito, cuando los señores pongan el árbol de Navidad con los dulces, coge para mí una nuez dorada y guárdamela en el baulito verde. Pídesela a la señorita Olga Ignatievna. Dile que es para Vañka."

Vañka suspiró de golpe y de nuevo se detuvo en la ventana. Recordaba que cuando el abuelo iba al bosque a buscar el árbol de Navidad para los señores, le llevaba consigo. ¡Qué tiempo tan alegre aquel!... El abuelo hacía con la garganta como un crujido, mientras el árbol también crujía, y Vañka, los imitaba. El abuelo, antes de empezar a cortar el árbol, enciende su pipa, luego ocupa un largo rato en tomar rapé y burlarse de Vañka porque tiene frío... Los jóvenes pinos, revestidos de escarcha, esperan inmóviles, sin saber cuál de ellos ha de morir. De pronto –¡inesperadamente!–, sin saberse cómo ni de dónde, sobre los montones de nieve pasa rauda una liebre. El abuelo no puede contenerse y grita:

—¡Atrap..., atrap..., atrápala!... ¡Ah, demonio de bicho!...



El pino cortado es cargado hasta la casa de los señores, donde proceden a adornarlo. La que más se entusiasmaba era la señorita Olga Ignatievna, la favorita de Vañka. Cuando todavía vivía Pelagueia, la madre de Vañka –que servía de doncella en la casa de los señores–, Olga Ignatievna le daba caramelos a Vañka, y como no tenía otra cosa que hacer, le enseñó a leer, a escribir, a contar hasta cien y hasta a bailar la cuadrilla. Sin embargo, cuando Pelagueia murió, el huerfanito Vañka fue enviado a la cocina de la servidumbre, junto al abuelo, y de la cocina pasó a la casa del zapatero Aliajin, en Moscú.

"¡Ven, querido abuelito!... –proseguía Vañka–. ¡Por el amor de Dios te lo pido!... ¡Sácame de aquí!... ¡Ten piedad de mí! ¡De este desgraciado huérfano! ¡Todos me pegan y siempre tengo tantas ganas de comer!... Además, ¡una tristeza tan grande que no te la puedo contar!... ¡Me paso el tiempo llorando!... El otro día el amo me dio un golpe tan fuerte en la cabeza con una horma, que me caí al suelo y tardé mucho en volver a respirar... ¡Mi vida es una perdición!... ¡Peor que la de un perro!... También le mando mis saludos a Alona, al tuerto Egor y al cochero. Mi armónica no se la dejes a nadie... Quedo de ti, tu nieto.

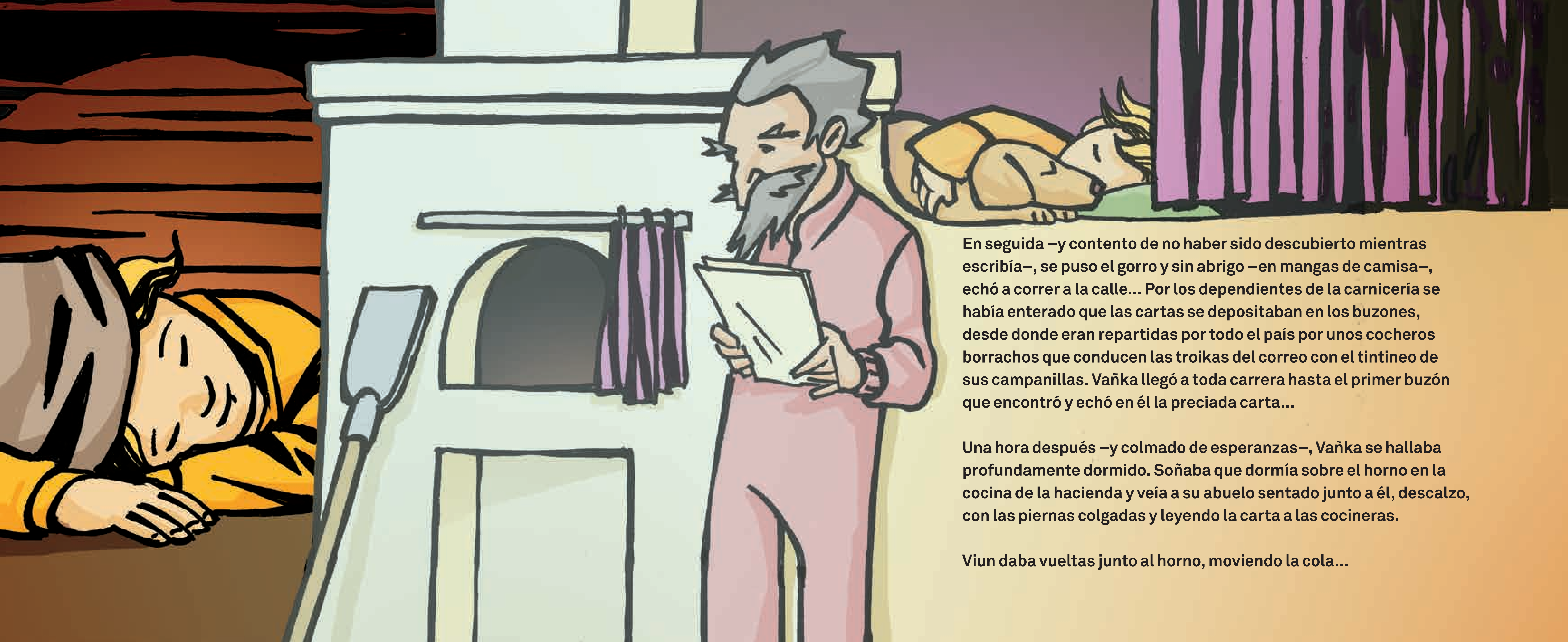
IVÁN VAÑKA ZHUKOV

¡Ven, querido abuelito!"

Vañka dobló la hoja escrita en cuatro partes y la metió en el sobre comprado la víspera por el precio de un kopek... Después de pensarlo por un momento, mojó la plumilla y escribió la dirección: "Para mi abuelito en la aldea".

Luego se rascó, dudó por un instante y agregó: "Para Konstantin Makarich.".





En seguida –y contento de no haber sido descubierto mientras escribía–, se puso el gorro y sin abrigo –en mangas de camisa–, echó a correr a la calle... Por los dependientes de la carnicería se había enterado que las cartas se depositaban en los buzones, desde donde eran repartidas por todo el país por unos cocheros borrachos que conducen las troikas del correo con el tintineo de sus campanillas. Vañka llegó a toda carrera hasta el primer buzón que encontró y echó en él la preciada carta...

Una hora después –y colmado de esperanzas–, Vañka se hallaba profundamente dormido. Soñaba que dormía sobre el horno en la cocina de la hacienda y veía a su abuelo sentado junto a él, descalzo, con las piernas colgadas y leyendo la carta a las cocineras.

Viun daba vueltas junto al horno, moviendo la cola...

EDICIÓN DIGITAL
Septiembre de 2017

Caracas - Venezuela

Vaňka, publicado en 1886 –en vísperas de que Chéjov fuese reconocido ampliamente por su obra de corte humorista y sus textos de mayor indagación espiritual (1888)–, muestra precisamente el momento en que se pronuncia la distancia entre los recursos expresivos del humor y la descripción más dramática de las miserias humanas. Vaňka es una historia que aún gravita hacia el humor y, en lo que respecta a las injusticias y desolación que rodean al personaje, Chéjov esquiva cualquier intervención suya como autor omnisciente –sin pasiones y sin calificaciones morales–, como era tan del uso de la época.

ANTÓN PÁVLOVICH CHÉJOV (Rusia, 1860-Alemania, 1904)
Es uno de los mayores representantes de la cuentística universal, y de los más destacados autores del realismo en Rusia. Su obra –de aguda observación psicológica– se manifiesta a través del uso de un lenguaje lacónico y de un decantado humor que hacen de la narrativa de Antón Pávlovich Chéjov un monumento literario que retrata su época, sobre la que arroja una mirada crítica a una sociedad marcada por la injusticia y coronada por el despotismo feudal de los Romanov. Chéjov posteriormente se convertiría en un innovador fundamental de la dramaturgia contemporánea.

PABLO PÉREZ RIESCO (Pablo Kalaka) (Chile, 1975)
Es uno de los muralistas contemporáneos más destacados de Venezuela. A causa de la dictadura emigró con sus padres a Venezuela en 1976. Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Fue profesor en el Instituto Universitario de Estudios Superiores de Artes Plásticas Armando Reverón (Iuesapar). Realizó estudios de artes gráficas e ilustración en Barcelona, España. Ilustró los libros infantiles *Maichack* (2006) y *Bichitos de mi patio* (2007), ambos publicados por esta casa editorial. Ha realizado murales en Barcelona, España, y en diversas ciudades de Venezuela, Francia y Alemania.





